

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION: Espana y Portugal: un año, pesetas 7'50.—Extranjero: un año, pesetas 12'50.—Cuba y Puerto-Rico, un año 3 pesos oro.—Precio del numero corriente: pesetas 0'15.—Precio del numero atrasado: pesetas 0'25.—En América, fuera de las Antillas españolas, fijan los precios los Sres. corresponsales.



MORIR PARA DESCANSAR

Cayeron abrazados; un veneno
Les libró del rigor de su existencia.
Juguetes del dolor y la inclemencia
Prefirieron morir que hundirse en cieno.

Sobre ambos pesó fatal la suerte.
¡Vivir, luchar, caer! ¡Funesta estrella!
El mundo nada vio; no quedó huella
De su vida infeliz ni de su muerte.

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por E. Blasco.—*Pensamientos*, por J. Martí Folguera.
—*Los amores de Juana*, (continuación) por R. de Campoamor.—Nuestros grabados.—*Sobre la teoría moderna del calor*, (continuación) por J. Echegaray.—*Rocio*, (continuación) por E. de Lastonó.—*El premio gordo*, por Emilia Pardo Bazán.

GRABADOS.—*Morir para descansar*.—*La libertad esclavizada*.—*Vino, mujer y canto*.—*La pescaderna*.—*La sorpresa*, grabado suelto de regalo.

LA SEMANA

En estos últimos días, las Cortes españolas no han parecido Cuerpos colegisladores, sino corporaciones gremiales; todo se ha vuelto hablar de lanas, carbones, hierros y otros comestibles, como decía aquel letrado, un tiempo, famoso. Todavía no se ha resuelto la cuestión de la introducción de primeras materias, ni creo que se resuelva en mucho tiempo, porque tantas y tales son las enmiendas presentadas que, de ser todas admitidas, podría decirse del proyecto lo que dijo aquel aprendiz de literato á un literato que ya había pasado el aprendizaje y que le hizo de una composición mala, una buena, verificando importantes variaciones en casi todos los versos:

—Se le ha olvidado á V. enmendar una cosa.

—¿Cuál?—preguntó el maestro sorprendido.

—La firma.

Por supuesto que la multitud de enmiendas presentadas al susodicho proyecto demuestran la verdad del axioma que dice: «En política, como en medicina, se necesita más talento para prevenir los males que para evitarlos.» Por regla general, aquí suele cuidarse más de lo segundo que de lo primero, y aun lo segundo no se consigue muchas veces. Allí está, mejor dicho, está allí *La mano negra* que no me dejará mentir.

Tampoco me dejaría mal el partido progresista de Inglaterra, que actualmente ocupa el poder, representado por lord Gladstone y sus compañeros de gabinete. Presentóse la cuestión irlandesa en un principio bajo forma que hacía posible una conciliación; no se trató de buscar ésta, por aquello de que nadie se acuerda de Santa Bárbara más que cuando truena; y cuando tronó y cayeron rayos, alguno de los cuales produjo resultados desastrosos, entonces se pensó en lo que debiera haberse previsto antes, y seguramente no faltará entre los gobernantes de la soberbia Albion quien, hoy por hoy, diga lo que el durmiente del cuento, cuyo durmiente soñó que Dios se le había aparecido preguntándole si un millón de duros que le destinaba los quería en oro ó en billetes.

—En oro,—contestó él.

—Pues espera, que voy á cambiar.

Y mientras el Sér Supremo iba á una casa de cambio el durmiente se despertó y dijo con lastimoso tono:

—¡Bruto de mí! ¡Por qué no tomé el millón en billetes!

Es decir, aplicando el cuento al caso de que se trata:

—¡Por qué no prevendría yo lo que ahora es inevitable!

El arrepentimiento es una gran cosa; no tiene más inconveniente que el de venir siempre después de la falta.

Falta es y grande, digase lo que se quiera, la cometida por los mismos progresistas ingleses, de quienes me estoy ocupando, al meterse en Egipto, no por obra de varón sino milagrosamente, pues les ha salido, en el Sudan, un falso profeta que ha levantado contra ellos á toda la población, se ha apoderado de Bara, ciudad que tiene más de algunos metros, dispónese á hacerse dueño de Obeid, única población importante de aquel territorio que aún no se le ha sometido y se porta, en fin, de tal manera, que justifica la afirmación expresada por un amigo mío, refiriéndose á los ingleses, en la siguiente improvisada cuarteta:

—Si de sistema no mudan
no sé cómo acabarán.

—Pues, pensando en el Sudán,
todos los millores sudan.

También sudan, pero es tinta, los amanuenses encargados de poner en limpio las comunicaciones que se cruzan actualmente entre el Vaticano y el gobierno alemán: aquél pretende que se le hagan ciertas concesiones á cambio de otras; éste se aviene á hacerlas siempre que Leon trece sea el primero en romper la marcha, y unos y otros (perdónese lo vulgar de la comparación), imitan al *payo de la carta*, que antes de entregar la epístola deseaba la *rimpuesta*.

Tratándose de cuestiones religiosas, nada puede desearse más en armonía con la índole del asunto que saber en qué pararán las misas.

Y que se lo digan de misas al gran canciller.

EDUARDO BLASCO.

PENSAMIENTOS

Si todos convenimos
en que tan mal vivimos,
que la existencia humana
no puede ser peor,
¿por qué razón tirana
por nadie comprendida,
el hombre ama la vida
con tan intenso ardor?

• ❖ •

El rey más poderoso de este mundo
puede ofrecer y dar cuanto posea.
—sin temor de perderlo.—al que supiese
decir con precisión lo que desea.

• ❖ •

De la copa del placer
no apuréis todo el licor;
dejadla á medio beber,
y así viviréis mejor.

• ❖ •

Como la luz al taladrar la noche
hace surgir la forma y el color,
en la noche trisísima del alma
muestra la dicha el rayo del amor.

• ❖ •

Todo es malo y todo bueno,
todo débil, todo fuerte,
todo es vida, todo es muerte,
todo es éter, todo es cieno.

• ❖ •

No empañéis la pureza de la fuente,
no marchitéis la flor,
no detengáis al pájaro, ni al hombre
le quitéis la ilusión.

• ❖ •

Eternamente gozar
podremos en el eden;
Dios nos da el bien, pero el bien,
¡caro nos lo hace pagar!
¡El eden! no sé que encierra;
pero bastante ha de ser,
si hay allí tanto placer
como dolor en la tierra.

• ❖ •

No basta, no, que cualquier obra humana
sea buena en el fondo, es necesario
que la parte exterior sea galana;

como tampoco basta dar buen vino
en repugnante jarro: fuerza es darlo
en copa esbelta del cristal más fino.



Vida y muerte de tal suerte
se han querido confundir,
que no sé si vida es muerte
ó si morir es vivir.



¡Saber! ¿En qué consiste? Afan ardiente
nos impulsa á saber, ¡qué desvario!
Y saber, en verdad, no es otra cosa
que internarnos con pena en el vacío.



Me admira que se presente
como cosa definida,
tan sencillo y tan sonriente,
el misterio de la vida.



Cuando la fe, el amor, el entusiasmo
el hombre pierde, no le habléis de gloria;
lira de cuerdas rotas, no hay sonido
que ya á ninguna pulsacion responda.



El que de veras la dicha quiere,
oculto vive y oculto muere.



Ved á cuánto ha llegado la locura
que á todos los mortales enagena,
que llamamos ventura
á la ausencia instantánea de la pena.

JOSÉ MARTÍ FOLGUERA.



LOS AMORÍOS DE JUANA

Mas si helaron al pronto estos horrores
en Juana los amantes sentimientos,
vendrán otros momentos,
y vendrán, como siempre, otros ardores;
que en palacio, en la choza, en los conventos,
al llegar la estacion de los amores,
sólo se hallan amantes pensamientos,
cantos de aves, perfumes de las flores!

VIII

Mas ¿vivió el tal sargento? El tal sargento
ignoro si ha vivido ó no ha vivido;
mas sé que fué querido, y muy querido,
por Juana, que le amó de pensamiento.
Y ¿quién duda un momento
que lo que fué en un corazón, ha sido?
¡Tan cierto es que lo real es lo fingido,
que á veces duda el mundo
si César y Colón han existido:
los verdaderos hombres que han nacido
son Fausto, Don Quijote y Segismundo!

IX

Como se ven las cosas más extrañas
en aquella cabeza,
más movable que un viento entre montañas,
Juana, en noches de insomnio y de flaqueza,
sin perder la pureza,
tuvo hijos sin dolor de sus entrañas.

Me vais á preguntar que ¿cómo es eso?
Pues eso es que, fundidas al exceso
del calor de sus sueños juveniles,
de las frias muñecas infantiles
se convierte el carton en carne y hueso.
¿Que no es verdad? ¿Cómo diré, Dios mío,
sin que de horror se abra á mis piés el suelo,
que Juana, entre amorio y amorio,
tuvo hijos sólo por favor del cielo?
Hijos de ella ¿y de quién? De las estrellas,
que, inspirando ternuras visionarias,
hacen ser á castisimas doncellas
madres imaginarias
de hijos hermosos de ninguno y de ellas;
por lo cual, la que más y la que ménos,
al condensar el fuego que la abrasa,
en sus delirios, de ternura llenos,
tiene hijos sanos, rubios y morenos,
de los novios de luz con quien se casa;
y por eso, la niña de este cuento
aunque viuda ya de pensamiento,
si virgen por el cuerpo todavía,
en ese corto plazo
que precede al crepúsculo del día,
soñando, convertía
en un nido de soles su regazo;
y como el alma encierra
el germen de los bienes y los males,
es feliz con sus hijos ideales
la madre ménos madre de la tierra:
y en su amor sin amante,
dejándole volar á su deseo,
soñando, se llevaba de paseo



dos niños de la mano y dos delante;
y ¡cosas de la vida! como estaban
formados del vapor de los ambientes,
los hijos de su amor se evaporaban
cuando, al venir la aurora, se llevaban
los céfiros los sueños de las frentes!

X

¡Dios del amor! ¿Preguntas en qué autores
he aprendido á pintar tantos amores
y escenas de pasión tan misteriosas?
Dios del amor, dios del amor, ¿qué quieres?
¡Como soy viejo ya, sé muchas cosas,
y entre ellas, lo que piensan las mujeres!

(Se continuará).

RAMON DE CAMPOAMOR.





LA LIBERTAD ESCLAVIZADA



VINO, MUJER Y CANTO

NUESTROS GRABADOS

LA LIBERTAD ESCLAVIZADA.

¡Valla! El viento agita su flotante túnica cual si trajera en sus alas ecos de esperanza y confortación. En vano está sujeta á dura opresión y constriñen sus brazos férreas cadenas. La Libertad es como el aire: temerario aquel que ose comprimirla; la brisa se transformará en huracán, la virgen en bacante, la generosa idea en frenética pasión. Nada tan monstruoso como un atentado contra la prerrogativa más preciada del ser humano y sin embargo, aun subsiste la esclavitud; aun en el seno de la sociedad moderna hay hombres de cuyos cuerpos son dueños otros hombres, como son dueños de sus perros y caballos. ¡Oh Libertad! ¿Cómo no has de aparecerte á los ojos de los pobres esclavos simbolizada cual hermosa vision encadenada, bella como la luz, dulce como la esperanza, amorosa y tierna como una madre para sus hijos? Duro es sentirse privado de cuanto hace deseable la salud y la vida, pero verse negada la voluntad, el albedrío, el uso de la razón, la dignidad del ser, la inspiración del alma es horrendo escarnio. Mas al fin caerán también las cadenas que esclavizan todavía á los hombres en ciertos lugares y la Libertad, serena y majestuosa, recorrerá con su potente vuelo todos los ámbitos de la tierra; esparcirá do quiera los beneficios inagotables que siembra con su sola presencia; levantará á los débiles; socorrerá á los oprimidos y universal como la luz del sol, espléndida como la primavera, civilizadora como la sabiduría, plantará su bandera desde las nevadas regiones polares á la zona tórrida, confundiendo en uno solo todo el linaje humano, al fin como hijos suyos todos los hombres de buena voluntad.

VINO, MUJER Y CANTO.

Si en todos tiempos han sido el placer y la belleza la aspiración corriente de los hombres, no ha revestido siempre el tipo que encarna á ambos ideales igual exterioridad y apariencia. Pero:

Dejemos á los troyanos,
Pues sus males no los vimos
Ni sus glorias...

y concretándonos al actual prosaico siglo reconozcamos que el símbolo del goce aristocrático y delicado, tiene su viva y soberbia expresión en la figura que trazó en el lienzo el pincel de Hermann Schneider, y que reproducimos en nuestras páginas. Hermosura, distinción, atractivo, gracia y elegancia, es lo que se nota en primer término al contemplar la seductora imagen de que hablamos. Nada importa el ropaje para que uno se extasee ante la armonía de las formas; basta contemplar su rostro, su pecho y los adorables torneados brazos. Es una belleza del paganismo refinada por la civilización presente representada por la copa de Champagne, así como el elemento ideal y eterno está figurado por la mandolina y por las flores. Como belleza plástica no cabe más, pero la expresión del rostro ha perdido la serenidad clásica y divina de las estatuas helénicas para adquirir el ardiente carácter de las pasiones modernas. Todos los sentidos están aguzados y como animados por un filtro embriagador y magnético. El siglo actual ha tenido la triste y á la vez divina gloria de refundir en uno solo, el doble aspecto del ser femenino, confundiendo el espiritualismo del alma con la plasticidad corpórea y resultando de tal compenetración el tipo del idealismo material de que es viva muestra la figura en cuestión. Nada ganará el platonismo con tal metamorfosis del *eternal femenino*, pero en cambio siempre es algo ver la belleza terrenal aparentemente elevada y noble en medio del placer y reflejando en sus atributos la inteligencia artística y el gusto refinado de los goces.

LA PESCADERA.

Bien es verdad que el buen consumidor tiene en la mano un pescado soberbio. —¿quien los tuviera en estos días de cuaresma!—pero se nos antoja que hay por allí un gran pez que se lo está comiendo a él. Sirena, que no pescadera, es en efecto la agraciada y picaresca vendedora, digna de tener por madre a Madame Augot. Muchos van así al mercado y allí les mercan a ellos. Peligroso linaje ese de las pescaderas; de tiempo inmemorial han causado estragos espantosos entre los aficionados á mariscos. ¿qué otra cosa puede suceder si Venus misma era como ellas hija de las saladas ondas?

LA SORPRESA.

El mémo linco comprenderá fácilmente que no estamos en presencia de esos feos y vulgares delitos que forman la principal salsa de las novelas francesas modernas, antiguas y hasta prehistóricas. No se trata en una palabra de ningún crimen señalado en los códigos penales de los países civilizados. Se trata, si, de dos jóvenes en estado de merecer; ella pertenece á la mas ennoblecida, á la mas augusta quizás de las familias del país; él es un joven oficial, que ignora el verdadero tratamiento que se da en la corte á la que habla llamamente de usted, —si es que no la tutea ya. —Representase una especie de *Barbero de Sevilla* al revés; Rosina no es una pobre pupila de un doctor, sino una alta y soberana princesa, y Lindoro, en vez de ser un conde es un teniente, y aun quizás graduado, pero en cambio don Bartolo es siempre don Bartolo: el vano adversario de la juventud, el impotente celoso de la mocedad lozana y generosa.

Acostumbrado á imponer universal respeto y á hacer en todas ocasiones su capricho, y bien persuadido de que su sobrina ó pupila no le oculta sus más íntimos pensamientos ni acciones, queda verdaderamente estupefacto al descubrir los secretos amores del audaz oficial y la hipócrita damisela. ¡Oh! ¿Cómo va á presentarse ante ellos, dejándolos aterrados y confusos! Ya pueden prepararse el mozaivete á un riguroso destierro, y la señorita á una

furibunda catilinaria del vejete; ello no obstante todo acabará por arreglarse *triglicamente*, es decir, en la vicaria. Preciso sería tener un corazón de tigre para infligirles á esos pobres enamorados una separación que les haría enfadarse, derramar lágrimas y hasta ponerse enfermos. El tío no será tan cruel, y pasado el primer ímpetu, de hijo que mandará regresar al oficial y le dará un ascenso y otro y otro, hasta verle brigadier ó mariscal de campo, y una vez tomados los debidos informes y visto el gran mérito del galán, se procederá al casamiento, en el cual se ejecutará por una brillante banda alguna pieza más ó menos parecida á la *Marcha de las Autorchas*, destinada á celebrar especialmente los faustos himeneos de los príncipes de Prusia.

—E—

SOBRE LA TEORÍA MODERNA DEL CALOR

GRANDES UNIDADES DEL MUNDO MATERIAL

2.º Para la fuerza viva de una masa en movimiento, la mitad del producto de la masa por el cuadrado de la velocidad.

3.º Para las cantidades de calor, la caloria, es decir, el calor necesario para elevar en un grado centesimal la temperatura de un kilógramo de agua.

Pues bien; siempre en todas las experiencias, directas ó indirectas, en todas las circunstancias, hay proporcionalidad exacta entre tres cantidades: el kilográmetro, la fuerza viva y la caloria.

Siempre con 421 kilográmetros de trabajo, ó sea de fuerza actuante, se puede desarrollar una caloria: siempre con una caloria se puede obtener un trabajo de 421 kilográmetros.

Por esta razón se dice que 421 kilográmetros es el equivalente mecánico de la caloria, y 1/421 de la caloria el equivalente calorífico del kilográmetro.

Elevar 421 kilógramos á un metro, es en el fondo eterno é invariable de las cosas, como aumentar en un grado centesimal un kilógramo de agua.

Son efectos distintos al parecer, pero que se equivalen é igualan, y se transforman recíprocamente unos en otros; y se equivalen é igualan, repetimos, porque en verdad son hechos idénticos, y calor y movimiento son dos palabras que expresan una misma idea. Una y otra cosa significan masas en movimiento, y tanto es una masa M con una velocidad V, como infinitas masas m infinitamente pequeñas y animadas de rapidísimas velocidades vibratorias.

En una palabra: igualar kilográmetros á calorías equivale á igualar fuerzas vivas entre sí.

X. El ilustre profesor Tyndall, en sus admirables lecciones, presenta ejemplos dignos de ser conocidos, y que han de contribuir grandemente á popularizar estas teorías.

Una bala de plomo lanzada por una carabina con la velocidad de 91 metros por segundo, choca contra un muro: pues bien, este choque engendra tal cantidad de calor, que si en vez de perderse gran parte de él en la masa del obstáculo, se reconcentrase en su totalidad sobre la esfera del plomo, elevaría 36º la temperatura del metal.

Si la velocidad de la bala fuese cinco veces mayor, el calor engendrado crecería en la relación de 1 á 5, y podría elevar la temperatura del plomo 750º; temperatura mas que suficiente para fundir el metal.

No sea ya una bala de plomo: sea la tierra, nuestro globo, chocando como titánico proyectil contra una masa inmensamente mayor. Puesto que conocemos la masa de nuestro planeta y su velocidad en el espacio, claro es que, del mismo modo que en el ejemplo anterior, podremos calcular la inmensa cantidad de calor desarrollado en el espacio por este choque infinito. Meyer y Helmholtz han efectuado este cálculo y de él resulta que el calor que se desarrollase sería suficiente, no ya para fundir la masa terrestre, sino para volatilizarla en parte.

Si la tierra detenida en su órbita y obedeciendo, como obedecería, á la atracción solar, se precipitase sobre el sol, este nuevo choque desarrollaría una cantidad de calor equivalente a la combustión de 1.000 globos de carbón, iguales en volumen al nuestro.

He aquí por qué algunos autores suponen que la luz y el calor del sol están alimentados sin cesar por la caída sobre este astro de gran número de masas meteóricas. Sea ó no aceptable esta explicación, es lo cierto que se funda en un gran principio físico: á saber, el desarrollo del calorífico por el choque y la transformación de un movimiento total en movimiento atómico.

¿Que es, que representa, según esto, el sol, con su fuego eterno, con sus torrentes inlfuitos de luz? Sólo una cosa: un inmenso movimiento molecular, que en ondas vibrantes, — armonías de luz y de fuego que llenan las esferas, — se extiende por los ámbitos del espacio.

XI. Lo que en colosal escala se verifica ó pueda verificarse en el sol, tiene efecto en mas modesta esfera en la combustión.

El siguiente ejemplo está tomado también de la obra del profesor Tyndall.

Se sabe que el diamante es carbono puro, y que entre el oxígeno y el carbono hay gran afinidad; y bien, colóquese un diamante en un canastillo de platino; caliéntese hasta el rojo, é introduzcase en un frasco de oxígeno. Si hiciéramos esta experiencia, veríamos el diamante convertido en una pequeña estrella de luz vivísima y de blancura ideal.

¿Y qué diferencia hay entre el sol en los espacios, conservando su fuego por el choque constante, — especie de gigantesco cañoneo, — de centenares de masas meteóricas, y este pequeño diamante ardiendo en una atmosfera de oxígeno?

Ante la razón la diferencia es nula.

(Se continuará).

JOSÉ ECHEGARAY.

—E—



LA SORPRESA

ROCÍO

(HISTORIA SENCILLA)

Mendoza la propuso llevarla a uno si consentía en escaparse de su casa. Ella se negó al pronto, pero después vaciló, y al fin se dejó convencer por las razones de Eloisa, que tenía también proyectada otra escapatoria igual. Las dos amigas discutieron su plan como dos autores el de un drama que piensan escribir juntos, y el día, ó más bien, la noche convenida, administraron la una á su madre y la otra á su ama de llaves una dosis de opio que las hizo soñar durante diez y seis horas sueños más bellos que los cuentos de las hadas, y andando sobre la punta de los pies, á la hora convenida abandonaron sus casas, de cuyas respectivas puertas poseían llaves falsas, de las que, como del opio, las habían provisto sus amantes.

Una hora después, disfrazadas con traje de capricho, entraban en el salón del baile.

El deslumbrante espectáculo que ofrecía éste, las luces de las arañas de cristal reflejándose en el oro de sus adornos, multiplicándose en los espejos y quebrándose en los aderezos de pedrería que coronaban los hermosos rostros de las bellas y elegantes damas, radiantes de vida, de juventud y de alegría; los gritos de loco placer de las máscaras, vestidas con trajes caprichosos, pintorescos y fantásticos como los personajes de un cuento de Hoffmann; la tempestad de armonía que se derramaba á torrentes por la atmósfera ardiente y vaporosa, el satánico movimiento del baile, las frases de amor que, semejantes á los globos de fuego de un juego de pólvora, brillaban un momento y se perdían zumbando en la confusión; todo esto, rodeando á la pobre jóven, que acababa de dejar su tranquila casa, como un sueño fantástico, como una orgia infernal, la mareaba, la extasiaba, la anonadaba.

Rocío se sentía próxima á desfallecer, porque sus castos sentidos se negaban á percibir á la vez tantas sensaciones. Su impresión, inconcebible para nosotros, criados en el torbellino del mundo, donde las sensaciones violentas endurecen el alma como el cuerpo, sólo es comparable al primer beso de amor, el placer divino que sólo se goza una vez en la vida y el único que no deja en el alma la huella de ceno del hastío.

Aquel placer, sin embargo, debía influir muy dolorosamente en la vida de Rocío por la terrible catástrofe que le terminó.

Cuando la mañana se acercaba á poner fin á la fiesta, el tablado del salón se hundió por un lado bajo el peso de los bailarines, que desaparecieron en aquel oscuro abismo lanzando un grito de agonía que cubrió la orquesta con un ¡ay! de muerte que lanzaron mil pechos á la vez. Aun guardan memoria de esta desgracia muchas familias que perdieron en ella una persona querida. Entre las alegres víctimas se hallaba Rocío, que fué sacada de aquel sitio herida de gravedad. ¿Cómo trasportarla á casa de su padre? ¿Cómo confesar su falta? Ella hubiera preferido morir.

Mendoza la llevó á su casa, donde permaneció oculta mientras se curó. En tanto, su padre se perdía en averiguaciones infructuosas para descubrir su paradero. Por lo que hace á Eloisa, había hallado demasiado divertida la vida del mundo para volver al hogar materno. El pájaro libre cantaba en las ramas sin ver nunca el porvenir más lejano que la noche del día en que se hallaba y sin pensar en volver á su jaula.

—Pues que la vida es corta, decía, apresurémonos á gozarla, no desperdiciemos ni un minuto que pueda ser empleado en el placer. Esto es vivir bien.

Ignoraba que la virtud es la higiene del alma, como la higiene médica es la virtud del cuerpo, y que el medio de gozar menos es arrojarse en el torbellino de los placeres.

La felicidad de Rocío fué tan bella como breve, pues como ya sabemos, Mendoza se desprendió de sus brazos para arrojarse á los pies de una belleza venal, y despreció su amor angélico por un amor de pacotilla. Desengañada, un día abandonó á su amante infiel llevándose á una hija, fruto de su culpable amor, y no atreviéndose á arrostrar las miradas de un padre justamente indignado, marchó á Sevilla, recogiendo en casa de la anciana Luisa, que en otro tiempo fué su criada y que la amaba como á una hija. Allí vivían las dos, miserablemente, de su trabajo: Rocío

bordando para las tiendas y Luisa haciendo calceta y asistiendo á las casas en que la llamaban, aunque para este trabajo cada día se sentía más débil. Esta anciana era un corazón excelente. A pesar de la fraternidad que entre ambas había querido establecer Rocío y que su situación reclamaba, ella se obstinaba en considerarla como su señorita, la evitaba los trabajos rudos, la mimaba, en fin, como á una niña querida, ocultándole en cuanto le era posible las miserias y privaciones á que su estado la exponía.

—¡Qué buena eres!—la decía algunas veces Rocío estrechándola la mano con efusión al ver su celo y desinterés; —eres mi segunda madre.

Y Luisa, al oír esto, sentía que sus ojos se cuajaban de lágrimas de agradecimiento y se alejaba sintiendo trémulo su corazón septuagenario.

—Para quilatar el corazón humano es necesario descender á la desgracia,—decía entonces quedándose sola, y se entregaba á sus reflexiones y á sus recuerdos.

IV

Mendoza no se limitó á la inútil entrevista que tuvo con Rocío, sino que, después de ella, se puso de acuerdo con Luisa, que entró en sus planes, porque tenían por único objeto el bien de su hija, así llamaba á Rocío. La pobre jóven no sospechó nada, pues ninguna imprudencia delató este secreto, y no viéndose importunada más por Mendoza, se creyó enteramente olvidada. Contribuyó también á sostener esta idea el verle una mañana en un coche con otra jóven, tan linda como desenvuelta, que parecía poner empeño en demostrar al público que era su amante. Rocío, al verlos, no pudo menos de verter una lágrima silenciosa.

Mientras tanto, su fortuna mejoraba visiblemente. Luisa la proporcionaba trabajos fáciles, que eran pagados á peso de oro; de modo que, sin molestarse, tenía más de lo necesario: como se comprende, estos trabajos eran encargados y pagados por el amor del jóven poeta.

Este sentimiento, desarrollado en la ausencia y florecido en ella, disminuía la creencia vulgar de que el amor no puede respirar mucho tiempo sino en la atmósfera que embalsama con su presencia el objeto amado.

Para nosotros, el amor no es una pasión de la naturaleza, sino, como ha dicho muy bien un distinguido escritor contemporáneo, un producto mixto que la sociedad ha conseguido, mezclando, ingertando artificiosamente dos ó más semillas: el deseo brutal y la poética y vagorosa aspiración del alma á lo ideal y á lo infinito, combinado con la simpatía magnética. Quitad uno de estos elementos, y el amor desaparece.

El sentimiento poético es una parte de la imaginación que embellece los objetos lejanos con una aureola celestial, ocultándonos sus imperfecciones como se nos ocultan las de los astros, y por consiguiente, este sentimiento se suele unir con más fuerza á un objeto perdido que á otro presente, seduciendo á la simpatía y despertando por él el deseo, que es su satélite ciego y confiado.

(Se continuará).

EDUARDO DE LUSTONÓ.

EL PREMIO GORDO

Allá en tiempo de Godoy, el caudal de los Torres-nobles de Fuencar se contaba entre los más saneados y poderosos de la monarquía española. Fueron mermando sus rentas las vicisitudes políticas y otros contratiempos, y acabó de desbaratarlas la conducta del último marqués de Torres-nobles, calaveron despilfarrado que dió mucho que hablar en la corte cuando Narvaez era mozo. Próximo ya á los sesenta años, el marqués de Torres-nobles adoptó la resolución de retirarse á su hacienda de Fuencar, única propiedad que no tenía hipotecada. Allí se dedicó exclusivamente á cuidar de su cuerpo, no menos arruinado que su casa; y como Fuencar le producía aún lo bastante para gozar de un mediano desahogo, organizó su servicio de modo que ninguna comodidad le faltase. Tuvo un capellán que amén de decirle la misa los domingos y fiestas de guardar, le hacía la partida de brisca, burro y dosillo (tales sencilleces divertían mucho al ex-conquistador), y le leía y comentaba los periódicos políticos más reaccionarios;

un mayordomo ó capataz que cobraba á toca-teja y dirigía hábilmente las faenas agrícolas; un cochero obeso y fleumático que gobernaba solemnemente las dos mulas de su ancha carretela; una ama de llaves silenciosa, solícita, no tan moza que tentase ni tan vieja que diese asco; un ayuda de cámara traído de Madrid, resto y reliquia de la mala vida pasada, convertido ahora á la buena como su amo, y discreto y puntual ahora y ántes; y por último, una cocinera limpia como el oro, con primorosas manos para todos los guisos de aquella antigua cocina nacional, que satisfacía el estómago sin irritarlo y lisonjeaba el paladar sin pervertirlo. Con ruedas tan excelentes, la casa del marqués funcionaba como un reloj bien arreglado, y el señor se regocijaba cada vez más de haber salido del golfo de Madrid á tomar

puerto y carenarse en Fuencar. Su salud se restablecía; el sueño, la digestión y demás funciones necesarias al bienestar de esta pobre túnica perecedera que sirve de cárcel al espíritu, se regularizaban, y en pocos meses el marqués de Torres-nobles, echó carnes sin perder agilidad, enderezó algo el espinazo, y su sano aliento indicó que ya la feroz gastralgia no le roía el estómago.

Si el marqués vivía bien, no lo pasaban mal tampoco sus servidores. Para que no le dejasen les pagaba mejores soldadas que nadie en la provincia, y además los obsequiaba á veces con regalos y mimos. Así andaban ellos de contentos: poco trabajo, y ése metódico é invariable; salario crecido, y de cuando en cuando sorpresitas del dadivoso marqués.

El mes de Diciembre del año antepasado, hizo más frío de lo justo, y la dehesa y término de Fuencar, se envolvieron en un manto de nieve como de una cuarta de grueso. Huyendo de la soledad de su gran despacho, bajó el marqués de noche á la cocina del cortijo, y buscando por instinto de sociabilidad invencible, la compañía del hombre, se arrimó al hogar, calentó la palma de las manos castañeteando los dedos, y hasta se rió de los cuentos que con chuscada andaluza referían el capataz y el pastor, y reparó que la cocinera tenía muy buenos ojos. Entre otras conversaciones más ó ménos rústicas que le divertieron, oyó que todos sus criados proyectaban asociarse para echar un décimo á la lotería de Navidad.

Al día siguiente, muy temprano, el marqués despachaba un propio á la ciudad próxima, y anochece cuando el bondadoso señor penetró en la cocina blandiendo unos papeles, y anunciando á sus domésticos, con suma benigni-

dad, que había cumplido sus deseos tomando un billete del sorteo inmediato, billete en el cual les regalaba dos décimos quedándose él con ocho, por tentar también la suerte. Al oír tal, hubo en la cocina una explosión de alegría, con vivas y bendiciones hiperbólicas; sólo el pastor, viejo cano, zumbon y sentencioso, meneó la cabeza, afirmando que el que echaba con señores «espantaba la suerte», de lo cual le pesó tanto al marqués, que condenó al pastor á no llevar ni un real en los dos décimos consabidos.

Aquella noche el marqués no durmió tan á pierna suelta como solía desde que Fuencar le cobijaba; le desvelaron algunos pensamientos de esos que sólo mortifican á los solterones. No le había gustado pizca la avidez con que

sus criados hablaban del dinero que podía caerles.— ¡Esa gente,—decíase el marqués,—no aguardaría sino á llenar la bolsa para plantarme! ¡Y qué planes los suyos! ¡Celedonio (el cochero), habló de poner taberna... para beberse el vino sin duda! ¡Pues la pazguata de doña Rita (era el ama de llaves), no sueña con establecer una casa de huéspedes! Digo, y lo que es Jacinto (era el ayuda de cámara), bien se calló, pero miraba con el rabo del ojo á esa Pepa (la cocinera), que, vamos, tiene su sal... Juraría que proyectan casarse. ¡Bah! (al exclamar ¡bah! el marqués de Torres-nobles dió una vuelta en la cama y se arropó mejor, porque se le colaba el frío por la nuca); en resumidas cuentas, ¿qué me importa todo ello? El premio gordo no nos ha de caer y así... tendrán que aguardarse por las mandas que yo les deje! Y

á poco rato el buen señor roncaba. Dos días después celebrábase el sorteo, y Jacinto, que era más listo que Cardona, se las compuso de modo que su amo tuviese que enviarle á la ciudad en busca de no sé qué provisiones ú objetos indispensables. La noche caía, nevaba á más y mejor, y Jacinto aún no había vuelto, á pesar de salir muy de madrugada.

EMILIA PARDO BAZAN.

(Se continuará).

ADMINISTRACION.—Establecimiento editorial de Ramon Molinas, Cortes, 365 y 367.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.



LA PESCADERA